

La batalla de Salamina

El mayor combate naval de la Antigüedad



Barry Strauss

Ensayo histórico



edhasa

LA BATALLA DE SALAMINA

BARRY STRAUSS

Traducción de Ignacio Alonso



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Greatest Naval Battle of the Ancient World, 480 BC*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sábat Primera

Primera edición impresa: octubre de 2022
Primera edición en e-book: octubre de 2022

© Barry Strauss, 2004
© de la traducción: Ignacio Alonso Blanco, 2006
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4883-5

Producido en España

Para Sylvie

Agradecimientos

Mientras escribía este libro contraí un gran número de deudas, algunas de ellas con instituciones, pero muchas más con personas. Boris Rankov ha sido para mí un hombre excepcionalmente generoso con su tiempo y su experiencia con *Olympias*, los trirremes y la boga. Victor Davis Hanson me permitió, con mucha amabilidad por su parte, entablar con él un auténtico debate de fondo acerca de las consecuencias de la batalla de Salamina. Durante años, John Hale y Donald Kagan compartieron conmigo sus sólidos conocimientos sobre los navíos de la Antigüedad y sus modos de plantear las batallas navales. Josiah Ober es un interlocutor formidable en materia de democracia y guerra. Adrienne Mayor combina en su persona la perspicacia de un editor con los conocimientos de un erudito. Mark Levine sabe más de narración en el peor de sus días que la mayoría de nosotros en el mejor de nuestros años; ha sido para mí un amigo espléndido que me ha apoyado desde los primeros pasos de mi proyecto.

John Lee, Meredith Small y Aaron Strauss invirtieron su tiempo generosamente en leer capítulos del borrador de la obra, y cada uno de ellos me proporcionó magníficos consejos editoriales. Paul Cartledge fue sobradamente considerado para tomar parte en un estimulante seminario acerca de las guerras médicas. Y Elizabeth Greene y Simon Hornblower compartieron conmigo material inédito.

Pierre Briant, Burke Carson, Judith Dupré, Laurel Freas, Timothy Gregory, John Hyland, Fred Kagan, Michaelle Moyd, Bill Paterson, Hayden Pelliccia, Ingrid Rowland, Philip Sabin, Elizabeth Shepherd y Erla Zwingle compartieron conmigo, todos y cada uno de ellos, su experiencia y conocimientos en varios estadios de mis investigaciones. También me gustaría hacer explícito mi agradecimiento a Sandra Bernstein y a Alvin Bernstein, Joan Jacobs Brumberg, Giovanni Giorgini,

Dede Hatch, Ned Lebow, Deirdre Martin, Tim Merrick, Nat y Marcia Ober, Katerina Papoulia, David Rakowski, Tiffany Stansfield y Gail Holst Warhaft.

En Grecia recibí una impagable asistencia en temas relacionados con trirremes e historia naval por parte del contraalmirante A. Dimitsas de la Marina helénica, y de Rosie Randolph. En cuanto a la información sobre los pescadores de la Salamina actual, mi agradecimiento está dedicado a las aportaciones de Antiopi Argyriou y Marisa Koch. Tengo que agradecer la información acerca de los vientos y condiciones meteorológicas de Salamina y sus alrededores al doctor Michael Petrakis, director del Instituto de Investigación Medioambiental y Desarrollo Sostenible del Observatorio Nacional de Atenas. También deseo enviar desde aquí mi gratitud a Zafira Haïdou y al personal del Museo Náutico de Grecia, en El Pireo.

En Turquía recibí la inestimable ayuda de Oguz Alpozen, del Museo de Bodrum de Arqueología Submarina, del arqueólogo Poul Pedersen, del arqueólogo naval Harun Özdas, del experto en Caria Foray Konuk, y de George Bass, Don Frey, Elizabeth Greene y al resto de los colaboradores del Instituto de Arqueología Náutica de Bodrum.

Howard Morhaim es el agente literario, protector, prudente y buen amigo que cualquier autor habría deseado tener. Me apoyó en cada uno de los pasos de mi camino. Robert Bender es un perspicaz y diligente editor cuya guía mejoró el manuscrito de modo inconmensurable. Y Paul Sidey es un editor tan sensato y riguroso como ingenioso y paciente.

Es un honor para mí mostrar mi agradecimiento a las distintas instituciones que me han ayudado. El Departamento de Historia de la Universidad de Cornell ha sido durante años un hogar académico para mí, estimulante, acogedor y también muy cortés al permitirme dejar un poco de lado mis labores académicas para escribir este libro. Por su parte, el Departamento de Estudios Clásicos y su Programa de Estudios por la Paz contribuyeron con buenos alimentos para mi intelecto. Con su magnífico fondo y su personal, siempre dispuesto a colaborar, la biblioteca de la Universidad de Cornell ha desarrollado un papel fundamental en mis investigaciones. También estoy orgulloso por poderle

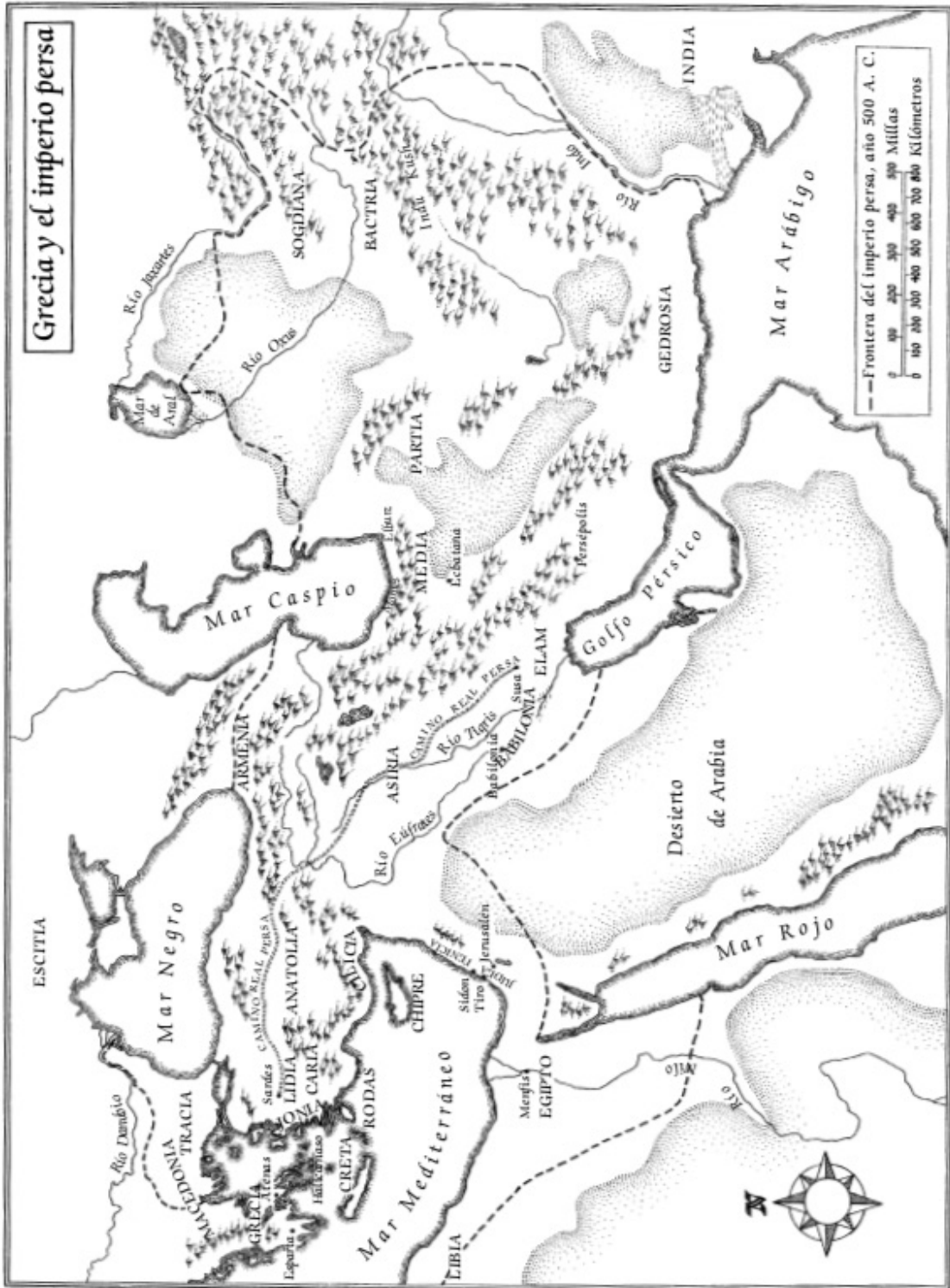
agradecer a toda una generación de estudiantes de Cornell sus ánimos y apoyos manifiestos.

La Academia Estadounidense de Estudios Clásicos de Atenas es uno de los mayores centros de conocimiento de la antigua Grecia. Yo gocé de la fortuna de pasar dos años allí. La Colony MacDowell de Peterborough, en New Hampshire, me obsequió con una estancia de un mes durante el invierno de 2003, donde disfruté de la oportunidad de escribir en un entorno ideal. Y sin el Club Náutico de Cascadilla, en Ithaca, estado de Nueva York, hubiera sabido muy poco de remos y embarcaciones.

Naturalmente, siempre les estaré agradecido a los ciudadanos de Grecia y Turquía por su generosa hospitalidad.

Pero mi mayor deuda la tengo con mi familia. Nunca podré estar suficientemente agradecido a mis padres. Y a mi mujer e hijos, que soportaron con paciencia tanto mis ausencias durante las labores de documentación, como mi conducta distraída y lejana mientras escribía en casa. Por esas razones, y por muchas más que nunca podría acabar de enumerar, le estoy inmensamente agradecido a Marcia, mi esposa, y a mis hijos Sylvie y Michael. Sin el apoyo, los ánimos y buenos consejos de Marcia este libro no hubiese llegado a escribirse jamás. La habilidad ágil y sagaz de Michael en los videojuegos me recuerda a la pericia de los antiguos pilotos de navío. Sylvie supone para mí el recuerdo constante de que hay más vida que guerra..., por eso le he dedicado este libro a ella.

Grecia y el imperio persa



Nota sobre nombres, topónimos y abreviaturas

Los topónimos griegos, persas y demás nombres de la Antigüedad están escritos y abreviados según el estilo habitual del manual de referencia, el *Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press 3.a ed., 1999. Y cito el nombre de las obras según su traducción inglesa.*

Cronología del año 480 a. C.

Nota: todas las fechas son aproximadas, excepto aquellas en cursiva. Estas fechas se basan en fuentes antiguas e investigaciones actuales. Todas siguen la narración de Herodoto, que es coherente, fidedigna y, desafortunadamente, vaga y contradictoria en lo que a ciertas fechas se refiere. En dichos casos, he escogido las propuestas de los eruditos que suponen menos cambios frente a la crónica de Herodoto.

MAYO: Jerjes comienza a maniobrar con su ejército a través del Helesponto.

JUNIO: Jerjes parte del Helesponto hacia Atenas.

TERCERA SEMANA DE AGOSTO: soldados y navíos griegos toman posiciones en el paso de las Termópilas y en Artemisio, respectivamente.

19 DE AGOSTO, LUNA LLENA: fin de los Juegos Olímpicos y del festival de Carnea.

c. 27-29 DE AGOSTO: batallas de las Termópilas y Artemisio.

c. 1 DE SEPTIEMBRE: la flota griega regresa de Artemisio y atraca en la bahía de Falero y en Salamina. Mientras, el ejército persa comienza su marcha hacia el sur.

PRINCIPIOS DE MES DE SEPTIEMBRE: el ejército del Peloponeso al completo comienza a construir una muralla en el istmo.

c. 1-6 DE SEPTIEMBRE: evacuación de Atenas.

c. 4 SEPTIEMBRE: la flota persa se desplaza hacia el sur.

c. 5 DE SEPTIEMBRE: las tropas de la vanguardia persa alcanzan Ática.

c. 31 DE AGOSTO AL 20 DE SEPTIEMBRE: el ejército persa, después de conquistar Focea y Beocia, se reagrupa en Atenas.

c. 7 DE SEPTIEMBRE: la flota persa alcanza las costas de la bahía de Falero.

c. 21-23 DE SEPTIEMBRE: asedio de la Acrópolis de Atenas.

c. 23 DE SEPTIEMBRE: el ejército persa toma la Acrópolis. El Consejo de Guerra ateniense decide por votación embarcar y retirarse al istmo de Corinto.

NOCHE c. 23-24 DE SEPTIEMBRE: Mnesifilo, Temístocles y Euribíades obligan al Consejo de Guerra griego a cambiar de plan y permanecer en Salamina. Discusión entre Temístocles y Adimanto.

AMANECER c. 24 DE SEPTIEMBRE: terremoto.

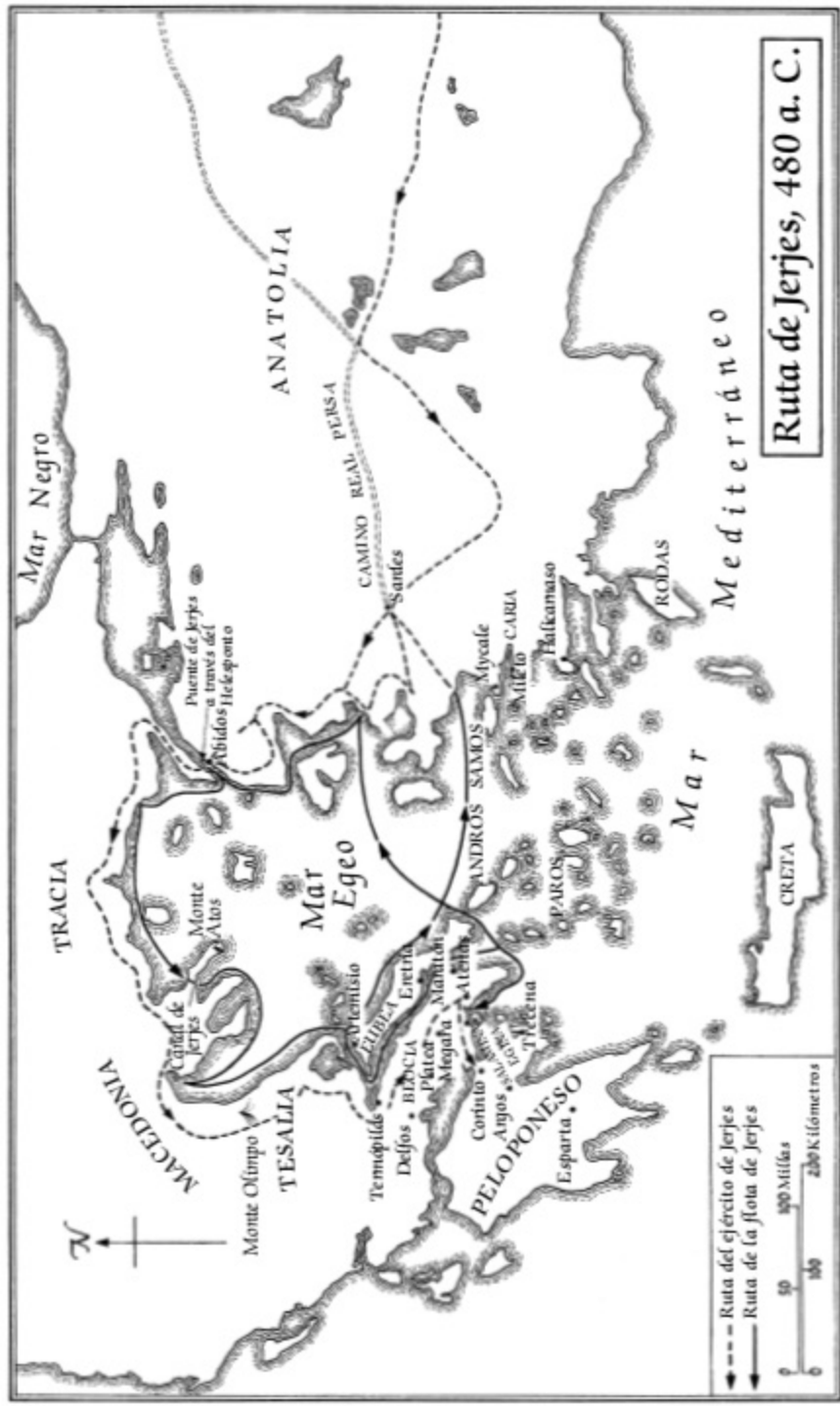
ATARDECER c. 24 DE SEPTIEMBRE: misión de Sicinno contra los persas.

MEDIANOCHE c. 24 DE SEPTIEMBRE: la flota persa entra en el estrecho de Salamina.

c. 25 DE SEPTIEMBRE: batalla de Salamina.

FINALES DE SEPTIEMBRE: los persas emprenden la retirada de Atenas.

2 DE OCTUBRE DEL AÑO 480 A. C.: eclipse parcial de sol. El ejército espartano abandona el istmo (Ática).



Nota acerca de las embarcaciones

La batalla de Salamina se libró con trirremes. Se trata de un barco de guerra construido en madera que podía desplazarse tanto a vela como a remo, aunque en batalla sólo se utilizaban los remos, pues la capacidad de maniobra y la velocidad lo eran todo. El término «trirreme» procede del vocablo griego *trie-re-s*, que significa: tres remeros, en referencia a los tres órdenes de remos que se veían en los costados del barco cuando éste navegaba en paralelo a la costa. El trirreme supuso una innovación en la industria naviera, y se desarrolló, probablemente, a lo largo del siglo anterior a la batalla de Salamina. En el año 480 a. C. era la nave más novedosa de cuantas surcaban el Mediterráneo. Durante dos siglos, este navío reinó como el soberano de los mares y Salamina fue su gran batalla.

Disponemos de abundante información acerca del trirreme, aunque incompleta. Por desgracia para el estudiante interesado en la batalla de Salamina, la mayor parte de dicha información procede del período comprendido entre los años 430 y 420 a. C., esto es, al menos, cincuenta años después de las guerras médicas. Afortunadamente, los datos relativos a los trirremes de este período también son, por lo general, aplicables al período anterior. Con todo, la especulación en este sentido sigue siendo necesaria.

El trirreme es un barco de líneas elegantes construido con madera.¹ El trirreme griego medía, aproximadamente, unos cuarenta metros de eslora, entre cinco y seis metros de manga (dimensión esta última que podría alcanzar los doce metros con los remos extendidos) y tres metros de puntal. Los remos de un trirreme probablemente se ordenaban en tres niveles. En los dos órdenes inferiores, los remeros bogaban con los remos que sobresalían a través del casco y la borda,

mientras que la tercera fila de boga se extendía por las postizas exteriores (este último dato se ajusta a las características del diseño propio de finales del siglo V a. C., aunque es probable que en el año 480 a. C. los trirremes griegos ya contasen con este elemento).

La proa se remataba con un espolón consistente en un tocón de madera revestido de cobre y armado con tres aguzadas hojas de metal. Dicho espolón se colocaba en la línea de flotación y se extendía casi dos metros y medio por delante de la proa.

Los fenicios, que se jactaban de ser los mejores marinos del Mediterráneo, continuaron armando las naves siguiendo los métodos propios de su tradición náutica. Los trirremes fenicios contaban, más o menos, con la misma longitud de eslora que sus equivalentes griegos, aunque con algo más de manga. Algunos historiadores postulan que los trirremes fenicios eran más altos que los griegos y que carecían de postizas. Con el fin de poder transportar una cantidad extra de infantes de marina, las naves fenicias contaban con una ancha cubierta bordeada por un baluarte dispuesto para proteger a la apretujada tripulación de una posible caída por la borda. Los bordes del puente superior se cubrían con una fila de escudos, y el espolón tenía una forma larga y afilada en vez de achaparrada y dentada. También ambas naves se ornamentaban, tanto las griegas como las fenicias, aunque con estilos diferentes.

Se estima que un trirreme griego en orden de marcha a remo podría alcanzar de cinco a seis nudos como velocidad de crucero, velocidad que podría llegar a siete u ocho nudos a plena boga.

En ciertas maniobras en que podría requerirse una velocidad más explosiva, en el transcurso de una batalla, por ejemplo, se cree que las naves podían desplazarse a nueve o diez nudos.

El trirreme era un barco muy largo y estrecho según la proporción entre la eslora y la medida de los baos (la manga), característica que hacía de esta embarcación una nave tan veloz como frágil. Por tanto, las flotas de trirremes evitaban internarse en mar abierto, realizaban sus travesías bordeando la costa y preferían, a ser posible, no pernoctar en el mar.

En el caso ateniense, que es el que mejor conocemos, los trirremes solían contar con una tripulación de doscientos hombres: ciento setenta remeros, diez infantes de marina y cuatro arqueros, así como varios marinos de segunda y oficiales de baja graduación, incluidos el jefe de boga, el sobrecargo, el jefe de popa, el carpintero, el contramaestre y los gavieros. Cada uno de los trirremes contaba con un capitán que, en Atenas, recibía el nombre de *trierarca*, por lo general un hombre acaudalado que en ocasiones no actuaba más que como figurante. El individuo más importante a bordo era el timonel, también conocido como piloto, que manejaba el doble timón de popa. Un piloto capaz podía llevar, él solo, el barco a la victoria.

Los bogadores se embarcaban desarmados. Probablemente no contarían con uniforme alguno y vestían un sencillo taparrabos dentro del caluroso y casi asfixiante espacio entre cubiertas. Los arqueros embarcaban con arcos y flechas y, al igual que los infantes de marina griegos, se pertrechaban con cascos de bronce, armaduras, un escudo redondeado de buen tamaño, aunque estos últimos combatían con espadas y jabalinas. La mayor parte de sus oponentes persas estaban equipados de modo similar, pero algunos de ellos disponían de otro tipo de armamento, bastante variado, que comprendía hoces, hachas, dagas y enormes cu chillos.

Las tripulaciones veteranas combatían utilizando la capacidad de maniobra de la nave: hacían uso del espolón para embestir a la embarcación enemiga y procuraban retirarse antes de que ésta tuviese oportunidad de contraatacar. Las tripulaciones menos experimentadas solían optar por el abordaje simple: enviaban a sus arqueros y marinos a la lucha cuerpo a cuerpo. Las flotas con tendencia a utilizar tácticas de abordaje en vez de intentar hundir a su oponente mediante una embestida de espolón probablemente elevarían el número de combatientes a bordo, pudiendo llegar a transportar hasta cuarenta guerreros por barco.

Parece ser que cada nave de la escuadra fletada por Grecia en el año 480 a. C. contenía diez infantes de marina y cuatro arqueros. Los barcos de la flota persa llevaban a cuarenta guerreros, entre infantes de marina

y arqueros. Este grupo solía constar de treinta iranos (persas o medos) y diez escitas (arqueros, oriundos de los pueblos nómadas del Asia central). Todos los barcos de la flota griega eran griegos, mientras que ninguna de las naves de la flota persa era persa. Las embarcaciones persas las aportaban las naciones sujetas al dominio del imperio: fenicios, egipcios, carios y también griegos, entre otros. Los persas se limitaban a aportar soldados, arqueros y miembros del almirantazgo. Entre todos los aliados, los fenicios eran considerados los dueños de la mejor escuadra de la flota persa, seguidos de carios y jonios, los griegos de las colonias orientales.

La presencia de tan elevado número de iranos y escitas en los barcos reflejaba la inquietud persa. Persia constituía una potencia terrestre. Los persas, como jinetes que eran, contemplaban a la gente de mar con cierto desprecio. Ellos, con su dotación de guerreros y arqueros en los barcos, intentaban convertir las batallas navales en combates terrestres. Como compensación, su presencia dificultaba que ciertos aliados descontentos desertasen uniéndose al bando griego.

Los tres órdenes de boga de los trirremes griegos se conocían del siguiente modo: los de la línea superior se llamaban los *thranitai* (los tranites), palabra que significa «los hombres de los baos»; en el siguiente nivel se encontraban los *zygitai* (los cigites) o «los hombres de los bancos transversales»; y la fila inferior recibía el nombre de *thalamioi* (los talamites) o «los hombres de la bodega», término que también puede traducirse como «los hombres del dormitorio». Este último nombre probablemente haga referencia a la práctica de utilizar la bodega para descansar o dormir. La dotación completa de boga dentro de un trirreme ateniense consistía en cincuenta y ocho cigites y cincuenta y dos talamites divididos, respectivamente, en dos grupos de veintinueve y veintiséis remeros por banda, además de sesenta tranites divididos en dos grupos de treinta. Sumaban, en total, ciento setenta remeros.

Los marinos, los arqueros, el piloto, el capitán y los vigías se situaban en cubierta. Todos ellos debían permanecer sentados siempre que fuese posible, sobre todo en batalla, pues el menor movimiento podría

desequilibrar la nave y alterar el trabajo de los remos. En los trirremes griegos del año 480 a. C., la cubierta era un lugar endeble: una estrecha bóveda de madera dispuesta en el centro de la embarcación, de modo que conformaba una pasarela que recorría la crujía de la nave. La cubierta de los trirremes también servía como protección para los remeros del orden superior de boga.

Los trirremes de la época que nos ocupa se construyeron con el propósito de obtener «velocidad y capacidad de maniobra».²

Sin embargo, los trirremes griegos que participaron en la batalla de Salamina eran más pesados que los de la flota persa. Parece extraño, y más teniendo en cuenta el gran número de guerreros y el tipo de defensas con que los persas equipaban sus naves; sin embargo, podría revelar la decisión griega de construir embarcaciones más poderosas con el objetivo de contrarrestar en lo posible la superioridad, tanto en número como en experiencia, de la armada persa. Las naves pesadas pueden acabar con otras más ligeras siempre que se den determinadas condiciones. Por tanto, si Atenas lograba establecer el combate en dichas circunstancias tendría una oportunidad de vencer. Por esa razón construyeron embarcaciones más pesadas. La diferencia de peso refleja la oportunidad de que disfrutaron los persas para varar sus trirremes y secar los cascos al sol durante las semanas anteriores a Salamina.

Los trirremes atenienses, sin embargo, pasarían algo más de tiempo en el agua, de ahí su mayor peso.

Como en batalla los trirremes navegaban mediante tracción humana, la victoria dependía en gran parte del entrenamiento y la dureza de los bogadores, en mantenerlos bien alimentados (el pescado en salazón acompañado con tortas de pan de avena solía ser la dieta básica), bien hidratados (se calcula que siete litros de agua por hombre y día) y con suficiente tiempo de descanso en tierra firme (por lo general, al mediodía y por la noche). Aparte de su condición de guía ideológico, un capitán triunfante asumiría su papel como entrenador y psicólogo igual que sus funciones como comandante de guerra.

Un aspecto esencial consistía en lograr que los ciento setenta remeros bogasen a la vez. La difícil tarea de coordinar la cadencia de boga recaía

en el jefe de remeros de cada nave. Este oficial se situaba en la pasarela de cubierta, a medio camino entre proa y popa, y desde allí gritaba las órdenes pertinentes a sus hombres. Los remeros apenas podrían escucharlas, dado el estruendo de los remos chapoteando en el agua y la absorción natural del sonido causada por tal acumulación de cuerpos humanos. Por ello el jefe de boga habría de recurrir al auxilio del jefe de popa, que, observando detenidamente a su compañero, repetiría sus órdenes a los remeros de popa, mientras que otro oficial procedía del mismo modo en proa.

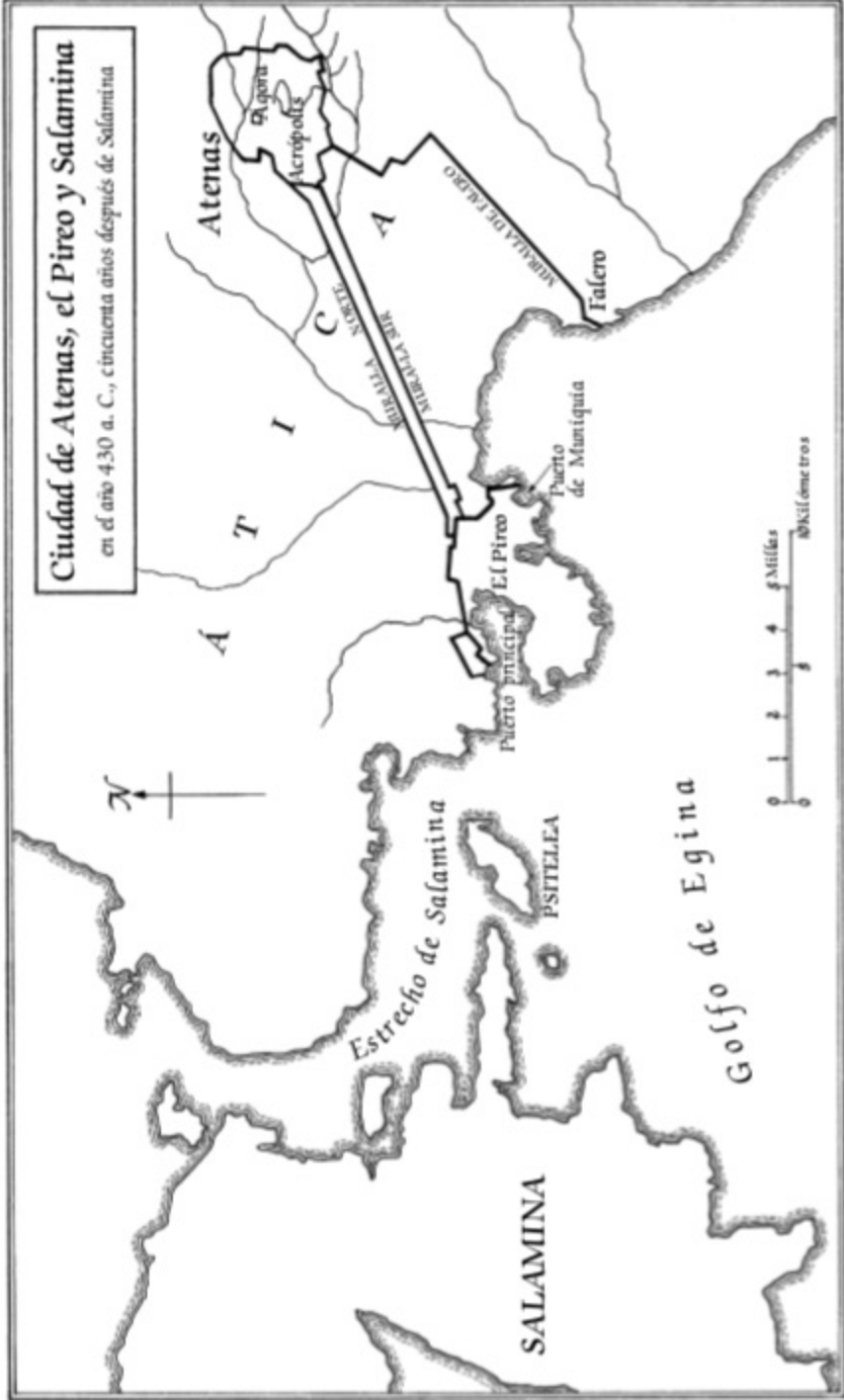
Al mismo tiempo, el contramaestre marcaba la cadencia con los agudos pitidos de una zampoña o caramillo. En ocasiones, la tripulación al completo emitiría un grito rítmico que repetirían una y otra vez con el fin de marcar el compás de boga. Las tripulaciones atenienses entonaban los gritos de «o opop, o opop»

y «ryppapai», cada uno de ellos onomatopeyas del sonido que producen los remos al golpear el agua. Esos golpes consistían en un rápido y poderoso tirón seguido de una larga pausa para recobrar la posición del remo. Aristófanes, el escritor de comedias, comparaba la situación con un coro de ranas croando al unísono: «Bre-ke-ke-kes, ko-ax, ko-ax».³

Con ciento setenta remeros bogando como un solo hombre, la visión de los costados del trirreme en plena boga, sentado en la proa con la vista dirigida hacia popa, debía de conformar un espectáculo hipnótico. Con todo, el trirreme no era una nave muy grande. Tan sólo de cuarenta metros de eslora, es decir, un poco más del doble que las traineras de ocho remos que utilizan los atletas de hoy día. Dicho de otro modo, apenas alcanza la medida de un velero o la de un remolcador de los utilizados para llevar a los tran atlánticos a puerto, un poco más de la mitad de un submarino alemán de la Segunda Guerra Mundial, una cuarta parte de un acorazado de principios de siglo XX o una séptima parte de un portaaviones estadounidense de la Segunda Guerra Mundial. En resumidas cuentas: un trirreme agrupaba a doscientas personas, o más, en un espacio de dimensiones muy reducidas.

Se requiere de cierto ingenio para mantener a tantos hombres bajo control dentro de una nave tan pequeña, y más difícil aún sería mantener el orden dentro de una flota de cientos de barcos y cientos de miles de hombres. Era imprescindible, por tanto, una cuidadosa planificación, un sistema de señales visuales y sonoras capaces de establecer comunicación a distancia y un entrenamiento constante.

Cada trirreme llevaba pintado un par de ojos en la proa y un nombre, aunque éste solía indicarse con un simple dibujo en vez de con una palabra. No pocos trirremes lucían en el casco unos magníficos ornamentos. Entonces, no debe extrañarnos que los trirremes puedan parecernos a veces tan complicados como los seres humanos. Las siguientes páginas tratarán con más profundidad las características y complejidades de estas embarcaciones. De momento, reparemos tan sólo en la presencia de un nuevo tipo de barco de remos en las flotas de aquella batalla del año 480 a. C.: la «pentecóntera», un navío de cincuenta remos dispuestos en dos grupos de veinticinco por banda, en orden de una o dos bogas. Esta nave, de todos modos, tuvo escasa importancia en Salamina.



LA BATALLA DE SALAMINA

El mayor combate naval de la Antigüedad

PRÓLOGO

El Pireo

Él fue el último ateniense. Y todavía lo es, siempre que se pueda considerar como tal a una caja llena de huesos. En vida respondió al nombre de Temístocles, el arquitecto de la mayor batalla naval jamás librada. Hoy, sus restos yacen sepultados en terreno ateniense, en un lugar secreto a las afueras de las murallas del puerto de El Pireo, donde, según se rumorea, descansa un hombre que murió en el exilio. La familia de Temístocles, según dicen, había exhumado los huesos de su primera tumba, en el extranjero, para enterrarlos delante de las narices de las autoridades.

La treta a buen seguro logró dibujar una sonrisa en la boca de la calavera, pues ¿quién era más astuto que Temístocles entre todos los ingeniosos atenienses? Nadie, a excepción, quizá, del viajero cuya embarcación navegaba una mañana de verano del año 430 a. C.¹ frente al lugar donde se hallaba el sepulcro de Temístocles. El espectador era el hombre que colocó al artero estratega en aquel lugar, y que bien podría estar dando gracias a los dioses, allí, situado en una cubierta barrida por el viento, mientras miraba hacia el último ateniense que viese jamás.

Herodoto, que así se llamaba, no había contemplado el fin de los atenienses, pues Atenas reinaba en el mar y él había pasado su vida recorriendo las rutas marítimas. Pero desde la posición que ocupaba en la nave podía otear el lugar donde se situaba el más lúgubre campo de batalla naval de entre todas las libradas por Atenas. El canal, situado frente al lugar donde descansaban los huesos de aquel gran hombre, fue donde Temístocles, cincuenta años antes, había jugado con la existencia de la propia Atenas durante el transcurso de un solo día. A Herodoto,

en cubierta, le bastaba con volverse hacia occidente para ver el lugar alzándose como una roca: Salamina.

Parecía más una fortaleza que una isla. Solamente la separa del continente una delgada tira de agua azul: el estrecho de Salamina. Independiente en otros tiempos, la isla ya hacía mucho tiempo que pertenecía a Atenas, cuyo dominio se extendía en la otra orilla del angosto canal. En ese paso marítimo, en el año 480 a. C., tuvo lugar una batalla en el lugar exacto que había previsto Temístocles. A principios de otoño, cuando los días y las noches duran exactamente el mismo tiempo, un millar de barcos de guerra combatieron para decidir el futuro de Grecia. Por un lado, la invasora Persia, que se había propuesto añadir los estados helenos al más vasto imperio que había conocido el mundo; por el otro, los tenaces nativos que luchaban a muerte por preservar su libertad. El día amaneció con luz blanquecina; doce horas después, un sol rojizo se puso en el horizonte, con los restos de una de las flotas huyendo del estrecho mientras la otra la perseguía, hostigándola.

Si la batalla hubiese discurrido de otro modo, Grecia habría sido gobernada por reyes y reinas. Uno de estos monarcas fue Jerjes, el Gran Rey de Persia, que presenció la batalla desde la costa.

La otra era Artemisia, reina de Halicarnaso (la actual Bodrum, en Turquía), dama y capitana de guerra que participó en el combate..., una de las escasas mujeres que, a lo largo de la historia escrita, han gobernado un navío de guerra en batalla.

Entonces, cincuenta años después, Atenas se desangraba. Sólo un artista de la huida, como era Herodoto, habría podido realizar la hazaña de que un mercante atracase en El Pireo durante una plaga y, algo más difícil si cabe, conseguir una plaza a bordo.

Herodoto, tras toda una vida de viajes, había aprendido algo más que obtener simples recursos. El hombre ya había cumplido los cincuenta,² lucía barba luenga,³ tenía el rostro delgado y curtido por la intemperie, y las entradas de su cabello eran cada vez más pronunciadas, revelando la existencia de una frente surcada de arrugas. Herodoto vestía un

capote que formaba pliegues sobre su túnica,⁴ botas resistentes y un sombrero de ala ancha.

Al llegar a Atenas y encontrarse la ciudad sufriendo el asedio de un ejército enemigo, Herodoto probablemente habría decidido no permitir que le afectase el asunto. Aquella guerra sería simplemente otra más, el colofón de una serie de enfrentamientos que sostenía Atenas con otras ciudades griegas rivales. Herodoto sabía que esas inexpugnables murallas conectaban el puerto de El Pireo con Atenas, a casi cinco kilómetros de distancia. La flota ateniense dominaba los mares y enviaba en convoyes todos los suministros que la ciudad pudiese necesitar, ya fuese pescado de Sicilia, grano de Crimea o artículos de lujo de Lidia. No había nada que estuviese demasiado lejos ni que fuese demasiado caro para resistir la atracción de un puerto que refulgía con el resplandor de las monedas de oro al que, además, protegían trescientos navíos de guerra. Fuera como fuera, Herodoto no había contado con la epidemia. Los hombres morían bajo pórticos de mármol, al lado de grupos de estatuas, y en cuidados jardines. Después de concluir la misión que lo había llevado a Atenas, se hizo con un alojamiento a bordo de un barco mercante. Se había librado por los pelos y, a pesar de ello, al echar un último vistazo sobre Atenas, probablemente sintiese tanto temor como alivio. El espectáculo que se divisaba desde cubierta no componía en ningún modo una estampa corriente. De hecho, ese panorama, el aire salado y el hedor del humo, conjuntado con los lejanos lamentos de los enfermos y el cercano chapoteo de los remos en el puerto, sacó a la luz el trabajo de Herodoto.

Había dedicado su carrera a la confección de un colosal libro de investigaciones, por utilizar el significado literal de lo que él llamó *Historiai* y nosotros llamamos *Historias*. Algunos lo llaman Padre de la Historia, mientras que otros lo apodan como el Padre de las Mentiras. Pero mientras se dedicaba a realizar sus investigaciones desde Babilonia hasta Ucrania y desde Egipto hasta Italia, Herodoto alumbraba a todo al que conocía con la áspera luz de una mente sin ilusiones. Incluso hoy

día, 2500 años después, sus análisis se nos muestran con la simple eficacia de la palanca de Arquímedes.

Al mirar hacia atrás, a través de la cubierta del barco, a Herodoto le bastaba dirigir la vista hacia el este para contemplar la ciudad de Atenas coronada por la Acrópolis. Esa colina rocosa, el centro histórico de la ciudad, mostraba el entonces templo nuevo de Atenea Partenos, conocido hoy como Partenón. Hacia el norte de la Acrópolis, se extendían las mejores granjas y dehesas de toda Grecia, aunque en aquella ocasión lo único que percibiese el ojo de un visitante fuesen columnas de humo negro alzándose hacia el cielo azul del estío. Las granjas de los alrededores de Atenas ardían. Habían caído todas bajo la antorcha de un ejército rival comandado por el archienemigo de Atenas: Esparta. Era el segundo año de la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), el comienzo de una sangrienta lucha intestina por obtener la supremacía en la península.

Desde su perspectiva a bordo de la nave, Herodoto podría haberse vuelto de nuevo hacia occidente para contemplar una vez más la isla llamada Sagrada Salamina.⁵ En aquel mismo lugar, en el año 480 a. C., Atenas y Esparta habían dejado a un lado sus diferencias y se habían unido frente al enemigo persa como dos bueyes uncidos al mismo yugo. Después de aquella gran batalla naval, los vencedores erigieron dos monumentos en la isla⁶ y un tercero en el islote que abría el paso del estrecho. Entregaron parte del botín persa capturado durante y después de la batalla como ofrenda a los dioses en señal de agradecimiento. Estas ofrendas incluyeron tres trirremes fenicios, uno de los cuales aún se hallaba en su lugar en tiempos de Herodoto. En el sagrado Delfos, el botín arrebatado a los persas sirvió para financiar una magnífica escultura de Apolo de casi cinco metros y medio de altura en la que se representa al dios sujetando en la mano el palo de mesana de uno de los navíos de guerra capturados.

En el año 480 a. C., en ese estrecho, los dioses de la guerra tuvieron que decidir entre otorgar sus favores a la armada persa o a la flota griega. Los persas se habían presentado con una abrumadora fuerza terrestre y naval para realizar una expedición punitiva contra Atenas.

Una generación antes, ésta había atacado a una ciudad persa de la zona occidental de Anatolia, en la moderna Turquía. Al fin habían obtenido un pretexto, porque lo que Persia deseaba en realidad era conquistar Grecia entera. Durante los tres meses anteriores a la batalla de Salamina, los persas habían marchado sobre el norte y el centro de Grecia, aplastado a las fuerzas espartanas en el paso de las Termópilas, combatido a la marina ateniense consiguiendo un empate técnico en Artemisio, hasta entrar triunfalmente en Atenas y quemar los antiguos templos de la Acrópolis reduciéndolos a cenizas. Dueños de una vasta flota, los persas confiaban en obtener la victoria en Salamina. Pero los dioses siempre se mostraron dispuestos a censurar los excesos de la sed de venganza, y a Jerjes, el emperador persa, habría de atragantársele la sangre griega.

El mundo jamás fue testigo de una batalla semejante. En un estrecho de apenas un kilómetro y medio de anchura, se agruparon combatientes de los tres continentes que conformaban el Mundo Antiguo: África, Asia y Europa. La flota persa no sólo contaba con iraníes y guerreros del Asia central, sino también con egipcios, fenicios, chipriotas, panfilios, lidios, cilicios, e incluso griegos de las colonias de Anatolia y las islas del Egeo. En el otro bando, la escuadra helena incluía contingentes de hombres procedentes de dos docenas de ciudades-estado independientes, la mayoría ubicadas en la Grecia continental, algunos oriundos de las islas Cícladas y Jónicas, y un barco, uno solo, procedente de la Magna Grecia.

Salamina fue un acontecimiento demográfico de gran relevancia.⁷ Más de doscientos mil hombres combatieron en la batalla. Y quizá veinte mil soldados se alinearon en las costas del estrecho, dispuestos a auxiliar o a rematar a los supervivientes, según el bando en el que combatiesen. Además, cerca de cien mil personas, entre ancianos, mujeres y niños, habían abandonado Atenas en calidad de refugiados. En total, unos trescientos mil individuos, militares y civiles, tomaron parte en la batalla de Salamina. Esto representa un número enorme para el mundo del año 480 a. C. Para expresar estas cifras en función de la estadística

demográfica actual, el número equivalente supondría unos veinte millones de personas.

Los marinos de Salamina también formaban un grupo muy heterogéneo. Sin lugar a dudas, en él se encontraban tracios de roja cabellera, fenicios de tez bronceada y egipcios de piel negra, entre otros. Allí se citaron ciudadanos libres y esclavos, los reyes y el pueblo llano, jinetes convertidos en marinos y auténticos navegantes con toda una vida de mar a sus espaldas. Se hablaba una verdadera mezcolanza de lenguas, pero el griego se utilizaba en ambos bandos. Había tantos griegos combatiendo a favor de los persas como en su contra. Y esos griegos, rivales en la batalla, leían la misma literatura y adoraban a los mismos dioses, pero, con todo, en sus plegarias los unos rogaban por la derrota de los otros.

En el sofocante y angosto espacio disponible bajo las cubiertas de las naves, los barcos de Salamina se movían a golpe de remo, impulsados por hombres cubiertos con poco más que un sencillo taparrabos. En cubierta se sentaban individuos fuertemente armados y dispuestos a entrar en liza en cuanto las naves se atacaran. Los infantes de marina griegos se pertrechaban con coraza y casco de metal, armados de jabalina y espada. Los persas contaban con hombres tocados con turbante y cota de lino, provistos de escarcinas y dagas, lanzas, hachas de guerra o cuchillos de filo largo. La mayoría de los destacamentos de cada nave contaba con unidades de arqueros que aguardaban para atacar a sus enemigos incluso en el agua.

Taimados atenienses que colocan trampas con el mismo cuidado con el que un cirujano compone huesos; un emperador persa que pensaba poder devastar las costas helenas con la misma contundencia con que su caballería atravesaba la elevada meseta irania; una intrigante reina de Halicarnaso que peleaba por ganar un puesto en un mundo de hombres, pero que a la vez combatía contra la libertad de todos los demás; eunucos, esclavos, contra maestres y marineros, esposas y concubinas aguardando en la costa y miríadas de remeros a bordo; el regusto de demasiadas raciones de pescado en salazón con tortas de avena; los perfumes de los gerifaltes persas, el olor de decenas de miles de cuerpos

que a duras penas se bañaban y el hedor de los cadáveres empapados en la playa. Los días en que, en una rápida secuencia, Atenas había sido evacuada, invadida e incendiada, y en que, además, las naves de dos malhadadas naciones combatieron por la supremacía de su imperio en el estrecho de Salamina. Todo eso se había desarrollado allí, dentro de un espacio tan reducido que uno de aquellos veloces trirremes podría atravesarlo en diez minutos. En un lugar que había formado parte de la vida de Herodoto desde su infancia, y que conocemos gracias a docenas de anécdotas narradas una y otra vez. Y entonces, mientras su barco rodeaba la costa de la isla de Salamina, la historia se apareció ante él para ser contada.

Los barcos de Salamina constituyeron las estructuras de madera más importantes de la historia de Grecia desde la construcción del Caballo de Troya. De todos modos, para Herodoto no debió de ser fácil narrar ese acontecimiento. Las crónicas de la batalla permanecieron mudas. Los rudimentarios archivos del estado ateniense contenían pocos partes de guerra oficiales, y tampoco los escribas persas publicaron sus crónicas.

Los poetas griegos, a buen seguro, estaban impacientes por narrar la historia; ello motivó que en el siglo V a. C. se crease casi toda una industria literaria acerca de la invasión persa. La más prestigiosa obra en verso que ha llegado a la actualidad es *Los Persas*, una obra dramática que trata de la batalla de Salamina, escrita por Esquilo, el gran poeta trágico ateniense, quien, muy probablemente, tomó parte en el combate. También disponemos de un buen fragmento lírico, escrito en el año 410 a. C. por un tal Timoteo de Mileto, que nos muestra un vívido, y a veces desmesurado, fresco de la batalla. Pero muy poco queda de otros poemas que, en otro tiempo, patrióticos eruditos aprendieron de memoria.

Herodoto conocía las obras de Esquilo y había leído las inscripciones atenienses. Pero, al mismo tiempo, sabía que el mejor modo de averiguar qué significó realmente la batalla de Salamina exigía hablar con los hombres que habían participado en ella. Él no era más que un niño cuando Artemisia y sus naves regresaron a su ciudad de origen,